

Comentarios de un oidor o Lorenzo García Vega en su *Florida room*

UNA NOCHE AL MES DURANTE MÁS DE TRES AÑOS, mientras la escribía, Lorenzo García Vega me fue leyendo, en el portal al fondo de su casa (aquí en Miami le llaman a ese sitio *Florida room*), su autobiografía *El oficio de perder*, que en este momento todavía está inédita.

Resulta estrafalario hablar de un libro que uno no ha leído sino solo escuchado, pero la impresión que me dejó fue tan fuerte que he decidido hacer estos apuntes.

Primero la acción y el escenario: terminamos de cenar, García Vega, su esposa Marta Lindner (que me prohibió que añadiera cualquier adjetivo, incluso inofensivo, cuando la mencionara en este texto) y yo; se ha hecho de noche; pasamos a esta terraza frente a un patio oscuro zambullido en un silencio rural; García Vega me pide permiso para tomarse un whisky (soy abstemio) y yo le pido permiso para encender un cigarro (él no fuma); nos entregamos por una media hora a la maledicencia, uno de los aliños que le dan genuino sabor a la vida, aunque más tarde provoquen trastornos, como todo condimento excesivo; luego reflexionamos sobre algunos autores que admiramos o que aborrecemos, hasta que al fin él trae el mazo de papeles y comienza a leer. Me pongo de perfil para evitar el observar su rostro, como hago siempre que escucho a alguien leer algo que ha escrito; pudiera dar varias explicaciones para esta manía, pero ninguna viene al caso ahora.

Desde la primera noche de lectura supe que tenía la rara oportunidad de oír, de boca de uno de los escritores más originales de toda la literatura cubana, no un rosario de anécdotas hilvanadas con gusto, ni una colección de

Carlos Victoria

chismes o de pecados propios o ajenos, ni un manual de aforismos o de advertencias sabias (como se puede esperar ingenuamente de un venerable anciano, suponiendo que García Vega alcanzara un estrato semejante), sino un resumen áspero de su vida y su obra; más que un resumen, una resultante, como se diría en Geometría o en Física: un vector que es la suma de vectores, que abarca magnitudes, directrices y campos.

Mirando el patio oscuro y escuchando esa voz que leía sin pausas, me pregunté en más de una ocasión: si todo el mundo busca más o menos el triunfo, ¿por qué alguien escoge deliberadamente como oficio el acto de perder? García Vega no quiere dar respuestas, pero se adentra sin facilismos y sin concesiones en la obstinación, por ponerle algún nombre, que ha sido su existencia, y que ha culminado en su empleo, a los 70 años, transportando víveres en una carretilla de metal a los clientes de un supermercado.

Sus memorias tejen y entrelazan, con hilo pero también con soga, no solo sus numerosos accidentes biográficos, sus pesadillas y su intensa neurosis, que gira alrededor de las mismas ideas y las mismas escenas, sino también sus obras publicadas, que con la excepción de *Los años de Orígenes* han corrido una suerte muy parecida a la de su creador.

(A lo largo de estos tres años de citas mensuales, leí por primera vez dos de sus libros que ya no se encuentran en ninguna parte, *Cetrería del títere* y *Espirales del cuje*. Este último se hallaba en un estado tal de deterioro que lo llevé a encuadernar a casa de un cubano de edad indescifrable que se dedica a este trabajo en un barrio apartado de Miami, en las mismas quimbambas; conocer a este hombre, visitar su taller, fue igual que ver de cerca, en un paisaje totalmente inventado, a un ejemplar de una especie extinta, un coquí dorado o un lobo de las islas; esta experiencia encajó como un guante en la más amplia de escuchar *El oficio de perder*.)

García Vega atraviesa en muchas direcciones, con curvas repentinas y giros pendencieros, los tres territorios en los que ha transcurrido casi toda su vida: la Cuba de las décadas del veinte hasta el cincuenta («la república de los fantasmas»), sus vivencias desde el 59 hasta su salida de la isla («la mierdanga castrista»), y su ya larga supervivencia en Miami («la playa albina»). Intercala entre estas provincias mayores sus estadías en España, Venezuela y New York; y sin embargo, todas estas etapas de su peregrinaje están marcadas por una suerte de inmovilidad. Si Robbe-Grillet evoca en sus memorias la imagen de un *espejo que vuelve*, podría decirse que García Vega no abandona el espejo jamás. Y no como un Narciso aparatoso, sino como un hombre condenado a mirarse y a aclarar el reflejo en un espejo encapotado y fofo. Esto, que suena como tragedia existencial, se convierte en su larga narración, gracias a su talento para la chacota, en un ácido y muchas veces cómico retrato de sí mismo y de sus circunstancias. Una mofa que nunca teme a lo siniestro, sino que lo alimenta y lo desgrana.

En los meses finales de lectura comencé, casi inconscientemente, a esbozar una comparación con mis obras preferidas de dos grandes de Orígenes, la generación que acogió a García Vega como su miembro más joven, más rebelde

y más heterodoxo, ya que nunca me he acostumbrado a ver a Virgilio Piñera como una parte viva de ese grupo. Me refiero a *Paradiso* de Lezama y *En la calzada de Jesús del Monte* de Eliseo Diego.

Y aunque estoy convencido de que trazar paralelos entre libros de distintos autores, incluso si éstos son contemporáneos, tiene mucho de patraña forzada y de pura maroma literaria, me voy a perdonar intentarlo esta vez, de forma breve y bastante esquemática.

Si recurro a movimientos de pintura, podría decir que en los libros de Lezama y Diego predominan una exuberancia, un regodeo sensorial, una capacidad para filtrar y deshacer la luz y los colores que los acercan a los impresionistas, amén del alarde de imaginación que recorre de una punta a la otra a *Paradiso*, y que lo emparenta por ratos con el surrealismo; mientras que en *El oficio de perder* sobresalen la perspectiva rota, los ángulos cortantes, las figuras desarticuladas, el monocromatismo y la simultaneidad, convirtiéndolo en una especie de fresco cubista.

Y continuando con el arte visual, mientras las obras de Lezama y Diego, pese a su obvio propósito de mitificación, que coloca personas y escenarios en altares o nichos muy cercanos al (o metidos de lleno en el) terreno de la fábula, logran por su destreza espléndidas fotografías, la de García Vega se inclina al negativo, o más precisamente, al proceso inicial de revelado, con sus aguas agitadas, sus químicas y su buena ración de oscuridad.

Si tomo de la religión las meras formas, la proyección estética, no cabe duda de que en la novela de Lezama y en el libro de poemas de Diego se hace visible el catolicismo, con su opulencia, sus vitrales y estatuas, sus ritos repujados, sus disfraces suntuosos; por el contrario, las memorias de García Vega transcurren en medio de una desnudez protestante, con una tosquedad un poco luterana, sin acicalamientos.

Si apelo a una sencilla anatomía, veo en *Paradiso* y *En la calzada de Jesús del Monte* cuerpos (obeso, portentoso y sanguíneo en Lezama; lánguido, esbelto y de una cierta morbidez en Diego), mientras que las memorias de García Vega me parecen una estructura ósea, reseca, crujiente, sin grasa ni envoltura.

Y por último, trayendo a colación la aritmética más elemental, se me ocurre que mientras Lezama y Diego están siempre sumando y agrandando, García Vega persiste en restar y en empequeñecer. Su don es el de la abreviatura, o el de los reductores de cabezas, para tal vez, como dice él mismo, meterlo todo dentro de una cajita.

La noche que escuché la lectura del último capítulo, camino de mi casa, ya de madrugada, cruzando a toda velocidad las autopistas fantasmales de Miami, un lujo que yo, chofer cobarde, solo puede permitirse a esas horas, me vino a la memoria Alfred de Vigny.

Este poeta militar y aristócrata rechazaba toda vinculación entre la biografía y la escritura; declaraba que ninguna anécdota, ningún incidente en la vida del creador podían relacionarse con su obra, y a la vez abogaba por abolir cualquier emoción personal en el texto, que según él, solo tenía que ver con ideas e intenciones.

García Vega no desprecia totalmente estas tesis, pero en cambio las subordina a otra, en la que el escritor desmenuza pasajes autobiográficos y los reinvventa quitándoles toda fuerza vital. En su universo oblicuo, él no establece nexos entre experiencia y literatura; su libro se propone mostrar una copia borrosa de una vida que en el fondo no es tal.

Recordé entonces que fue también Vigny el que dio lugar a la expresión «torre de marfil».

«Se retiró a su torre de marfil», solía decir el crítico Saint-Beuve al comentar el arrogante aislamiento del poeta.

García Vega, que no es militar ni francés ni aristócrata, ni proclama rigor ni austeridad como el autor de *Los destinos*, ha optado por una vivienda más modesta. Si Vigny decidió encerrarse en su torre, Lorenzo García Vega ha escogido, frente a su patio oscuro, el refugio que es casi una intemperie de su *Florida room*.

